

los menos dignos solo besaban al maestro, y despues, habiendo todos prometido obediencia, se apagaban las luces, y se entregaban á toda clase de impurezas. Todos los años se acercaban á la sagrada mesa, pero se llevaban á casa la forma consagrada, y la arrojaban á un lugar inmundo, y creían en Lucifer, diciendo que Dios le habia arrojado injustamente del cielo, adonde algun dia volveria glorioso y triunfante (1). El papa, por tanto, levantó contra ellos el estandarte de la cruz, y poniéndose los duques y condes de las inmediaciones al frente de cuarenta mil guerreros, les acometieron y destrozaron, muriendo parte de ellos, y confundiendo la otra parte con los Frisones Occidentales ó aceptando el gobierno feudal.

1234.

En Francia, San Luis pidió la Inquisicion al pontífice Alejandro IV. En Italia la herejía se presentó bajo multitud de formas, y con extension diversa. Guillermina, que se decia habia venido de Bohemia, pregonaba en Milan que era el Espiritu Santo encarnado (2); que el arcángel San Rafael la habia anunciado á su madre el dia de Pentecostes, que habia venido al mundo para redimir á los Judíos, á los Sarracenos y á los malos Cristianos, y que debia morir, resucitar despues, y llevar al cielo á la humanidad femenina. Durante su vida, el pueblo la veneró; á su muerte fué su cadáver sepultado con gran magnificencia en Claraval de Milan, y ella reputada santa, hasta que la Inquisicion comenzó á examinar los milagros que circulaban, y principiando entónces á correr siniestros rumores entre el vulgo, suponiéndose que las reuniones de sus prosélitos eran sentinas de vicios y pecados, fueron sus restos arrojados á las llamas, juntamente con sus principales secuaces.

1281.

Á la conclusion del siglo XII abundaban los maniqueos en Orvieto, ciudad á que sumergieron en el error el Florentino Diotisalvi y un tal Gerardo de Marsano en Campania. Expulsados estos por el obispo, se presentaron Melita y Julita, que con gran reputacion de santidad sedujeron á muchos, y despues vino de Viterbo un cierto Pedro Lombardo, contra el cual envió Inocencio III á Pedro de Parenzo, Romano noble, que recibido entre palmas y olivas en Orvieto, prohibió los combates que en carnaval solian figurarse, y que siempre concluían de una manera sangrienta. Pero el primer dia de cuaresma, habiendo los herejes excitado á la desobediencia, hubo en las calles de la ciudad brava pelea, y Pedro, entónces, hizo demoler las torres

1199.

(1) Carta de 15 de junio de 1233 al obispo de Maguncia, VII, 177 en RAINAL, año 1233.

(2) Esta mujer mesías fué esperada en varias ocasiones. Postel, sabio orientalista del siglo XVI, dió celebridad á una veneciana llamada madre Juana, cuyo espíritu y cuerpo decia que habian descendido sobre él, y que se habian difundido de tal modo en los suyos, que no era él sino la misma Juana la que vivia. Hace pocos años murió en Inglaterra Juana Southcote, de edad de sesenta y cuatro años, que se decia virgen, y embarazada, creyéndose la mujer del Apocalipsis, y que prometió resucitar. Veremos cuándo.

desde las cuales habian los grandes ultrajado al pueblo, y dictó excelentes medidas. Vuelto Pedro á Roma, el papa le preguntó: «¿Has cumplido bien nuestras órdenes?—Tan bien que los herejes me buscan para darme la muerte.—Vuelve, pues, prosigue combatiéndolos, que solo pueden matar el cuerpo, y si llegas á morir, desde ahora te absuelvo de todo pecado.» Pedro, despues de hacer testamento, y de dar el último adios á su desconsolada familia, volvió al teatro de sus glorias (1).

Inocencio tomó tambien providencias contra los muchos maniqueos que en Viterbo habia, y ordenó que cuantos se encontrasen en el patrimonio de San Pedro fuesen entregados al brazo secular para que este los castigara y confiscara sus bienes (2), que habian de dividirse entre el delator, el Estado, y el tribunal que dictara la sentencia.

1207.

Gregorio IX publicó diferentes decretos muy severos contra los cátaros y los patarinos, y otros innovadores que se conocian bajo diversos nombres, y dispuso que todos fuesen condenados al fuego, ó á encierro perpétuo, si abjuraban sus errores, imponiendo al propio tiempo gravísimas penas á los que los ocultasen ó no los denunciasen. En efecto, muchos perecieron en las llamas, y otros muchos fueron á hacer penitencia en los monasterios de Monte Casino y de Cava.

El conde Egidio de Cortenova, en Bérgamo, fué perseguido por insinuacion de Inocencio IV, destruyéndosele su castillo, por dar albergue á los herejes. Pululaban estos tambien en Vicenza (3) y en Brescia, con tal descaro que arrojando antorchas encendidas desde las torres, excomulgaban á la Iglesia Romana, y en Plasencia fueron otros quemados por el podestá, pereciendo sesenta en Verona, en solos tres dias, por mandado de Juan Schio. Algun tiempo despues, fray Dolcino y Margarita, su mujer, predicaban en los contornos de Novara la libertad mas absoluta en la union de los dos sexos, y el perjurio cuando se tratase de cosas de la Inquisicion: estos hicieron multitud de prosélitos, hasta que, por orden de Clemente V, fueron reducidos á prision y muertos (4).

1253.

1235.

1233.

1307.

Ivo de Narbona escribía á Gerardo, arzobispo de Burdeos (5), que en su viaje por Italia se habia fingido cátaro, por lo cual en todas las ciudades obtuvo la mas benévola acogida. «En Cremona, dice, famosísima ciudad del Friul, bebí exquisitos vinos, y comí delicados manjares de los patarinos.» En esta ciudad era obispo un tal Pedro Gallo, que castigado por el delito de fornicacion, fué arrojado de la silla episcopal, y expulsado de la sociedad.

(1) BOLLAND, tom. X, pág. 86. *Vita. S. Petri Parenz.*

(2) *Regesta*, núm. 123 y 124 y pág. 130, lib. X.

(3) Epist. de 20 de octubre de 1277, de Gregorio IX.

(4) FR. CHRIST. SCHLOSSER, *Abelardo y Dolcino; Vida y opiniones de un entusiasta y de un filósofo*. Gota, 1807.

C. BAGGIOLINI, *Dolcino e i Patarini*. Novara, 1838.

(5) Ap. MATT. Paris en 1243.

San Pedro Mártir.

San Antonio de Padua impugnó vivamente la herejía, en especial en Rimini, con sermones y milagros; Santo Tomas de Aquino fué llamado «el terror de los herejes;» y no fué menor el celo de San Buenaventura. Pedro de Verona mostró primeramente su fervor en la Toscana, en donde habia hecho gran número de prosélitos Felipe Paternon, obispo patarino, arrebatado á la Inquisicion por el mucho poder de sus secuaces; y le apoyaron tambien otros, de modo que una tercera parte de la ciudad adoptó los errores patarinos, adhiriéndose á la faccion imperial. Pedro excitó las predicaciones y los procedimientos contra estos: la plaza de Santa María la Nueva era estrecha para la multitud que se agolpaba cuando él hablaba, y la hermandad de los Laudenses, instituida por él, cantaba á María y al Sacramento, como en compensacion y reparacion de los ultrajes que de los patarinos recibian. Ademas ordenó una comitiva de nobles, parte de los cuales guardaban el convento de los frailes Dominicos, y parte ejecutaba sus mandatos, y de estos nació despues la milicia sagrada de los capitanes de Santa María (1). Aumentáronse entónces los procesos y las ejecuciones, por mas que los señores clamaban y apelaban al imperio, y habiendo tratado el magistrado imperial de defender á los patarinos, y protestando contra las sentencias, los inquisidores con gran aparato de solemnes maldiciones le pusieron entredicho, á consecuencia de lo cual hubo tumultos y motines, y fueron entradas á saco las iglesias de los Católicos, hasta que estos quedaron vencedores, no sin haberse antes ensangrentado el Trebbio, y las plazas de la Cruz y de Santa Felicitá.

1244.

1245.

1252.

Ya distinguido por su celo, Pedro vino á demostrarlo á los Milanese, que exasperados por las batallas que perdieran contra Federico II, blasfemaban de Dios, insultaban á las cosas santas, y colgaban por los pies los crucifijos. Principió aquel su persecucion; pero conjurándose algunos señores, le hicieron matar (2). En igual moneda habian pagado tambien los patarinos á fray Orlando de Cremona, asesinado en la plaza de Plasencia mientras estaba predicando, á Pedro de Arcagnano, religioso de la orden de los Menores, decapitado en Brera de Milan, á fray Pagano de Lecco, á quien dieron muerte juntamente con sus compañeros al ir á establecer la Inquisicion en Valtellina, y á otros varios.

Á Pedro de Verona, á quien desde el momento de su muerte se veneró bajo la advocacion de

(1) Florencia conserva muchos recuerdos de estos hechos. En la fachada de la oficina del Bigallo, enfrente de San Juan, existen dos frescos de Tadeo Gaddi, que representan á San Pedro Mártir cuando entregó á doce nobles florentinos el estandarte blanco con la cruz encarnada para la custodia de la fe.

(2) Fué sepultado en la iglesia de San Eustorgio en Milan, con el siguiente epitafio compuesto por Santo Tomas: *Præco, lucerna, pugil Christi, populi fideique, Hic silet, hic tegitur, jacet hic mactatus inique Vox ovibus dulcis, gratissimas lux animorum Et verbi gladius, gladio cecidit Catharorum, etc.*

San Pedro Mártir, le sucedió fray Raniero Saccone, cátaro convertido, el cual derribó la *Gatta*, punto de reunion de los herejes, é hizo quemar los cadáveres de dos de sus obispos, Desiderio y Nazario, á quienes tenian en gran veneracion, y no descansó un instante hasta que Martin Torriano le hizo expulsar de la ciudad.

1259.

En oposicion á esta impiedad, crecia en otros la devocion á las cosas de que aquella se movia. La hermandad de los Laudenses se habia propagado por la Lombardia y la Toscana, y Juan de Schio introdujo el piadoso saludo de *Alabado sea Jesus*. La veneracion al Sacramento se aumentó con los milagros que entónces se referian: decíase que una burra hambrienta habia dejado de comer por inclinarse ante la hostia que San Antonio mostraba; que los cortezanos de San Luis habian visto un niño en manos del sacerdote al tiempo de la elevacion; y que en Florencia, habiendo dejado un sacerdote por olvido en el cáliz alguna porcion de la bebida sagrada, se habia encontrado esta convertida en sangre viva al domingo siguiente.

1264.

8 de setiembre.

La fiesta del Corpus se habia instituido siendo arzobispo de Lieja Urbano IV, y él la extendió á toda la Iglesia, componiendo Santo Tomas de Aquino su interesante himno. Celebróse tambien entónces á María con el amoroso entusiasmo con que solian venerar los caballeros á sus damas, y los Franciscanos sostuvieron fervorosamente contra los Dominicos el dogma de su Inmaculada Concepcion. En su honor se compuso un salterio, á imitacion del de David; de ella hablaron San Bernardo, San Pedro Damian y Santo Domingo con un ardor que recuerda el del esposo de los Cánticos, y todos á porfía derramaban sobre ella la poesia del perdon y las flores del mas tierno afecto, habiendo parafraseado San Buenaventura por dos veces el salterio en obsequio suyo. El *Ave Maria* se generalizó hácia el año 1240; y Santo Domingo introdujo el rosario, devocion que se hizo muy pronto popular, lo que prueba que estaba en armonia con las necesidades de los hombres y de la época, y que interrumpida despues de la peste asoladora de 1350, fué de nuevo restablecida por el dominico Alano de la Roche, y despues asociada al recuerdo de la victoria de Lepanto, aquella en que quedó resuelta la superioridad de los Cristianos sobre los Turcos, en la hora misma en que en todo el orbe católico se recitaba aquella sencilla fórmula de salutation, de congratulaciones, de conmiseracion y de oracion.

1273.

María fué la que inspiró las obras artísticas de aquella época. Su escapulario, propagado por los monjes del Carmelo, adornó los pechos de todos, como prenda de un sagrado combate contra las pasiones. Á las tres órdenes del Carmelo, de los Servitas y de la Merced, fundadas bajo sus auspicios, se añadió la de los Gaudentes (1), que originarios del Languedoc, pasaron

1208

(1) FEDERICI, *Storia de' cavalieri Gaudent.*

después á Italia, en donde se hicieron singularmente memorables, y que observaban su regla sin apartarse del mundo. « Nadie puede » decir (escribía Guido de Arezzo, que pertenecía » á este orden) como motivo de excusa: « Yo no » puedo ó no quiero abstenerme de mujer, por- » que la tengo ó quiero tenerla; » porque le » está permitida, éntre ó no en la religion, salva » toda razon de matrimonio. Ni debe tampoco » abandonar á sus hijos, ni abstenerse de car- » nes, ni mortificarse con continuos ayunos, ni » con ásperos cilicios, ni groseras y toscas » vestiduras, ni le precisa el mendigar ó el cam- » minar á pié; porque Dios ha aceptado nuestra » religion bajo una condicion nueva en virtud » de la cual se suprimen todas aquellas morti- » ficaciones, y se consiente que cada uno tenga » cuanto le agrada. Solo existe la obligacion de » odiar y evitar el vicio, de amar y practicar » la virtud, y de seguir una regla suave, muy » suave, establecida en señal de honestidad, » para lograr el perdon de los pecados y el pre- » mio en la vida eterna. »

CAPÍTULO VII

Federico II.

El papa habia visto ya á Constantinopla suje- ta á sus leyes, habia salido triunfante de la guerra de los albigenses, y de la lucha con el emperador Oton y con el rey de Inglaterra; á su sombra habia esta isla obtenido la *Magna Charta*, salvaguardia de su libertad; las ciuda- des toscanas se habian confederado; los Españo- les habian conseguido la insigne victoria de las Navas de Tolosa que les ponía á cubierto para siempre de la dominacion extranjera; de él ha- bia solicitado el rey de Aragon su corona; el Inglés le habia rendido homenaje por la suya; habia asegurado en Sicilia la supremacia de la Santa Sede despues de haberla asentado sólida- mente en Roma, y en dos órdenes radiantes de juventud se habia creado una milicia perma- nente, pronta á todos sus mandatos. La gran- deza del pontificado jamas se habia manifes- tado con tanta magnificencia como en el concilio Lateranense IV, al cual habian mandado sus embajadores los emperadores de Constantinopla y de Occidente, y los reyes de Jerusalem, de Sicilia, de Francia, de Inglaterra, de Aragon, de Hungría y de Chipre, asistiendo á él en persona los patriarcas de Antioquia y de Jerusalem, y por medio de representantes los de Constanti- nopla y de Alejandria, ademas de setenta y un arzobispos, cuatrocientos doce obispos y mas de ochocientos abades y priores.

Habianse por tanto puesto en práctica las máximas sancionadas por las Decretales, que proclamaban, que el poder eclesiástico era el solo del cual tomaba su luz el imperial á modo de luna, y puesto que (añadian los canonistas) la tierra es siete veces mayor que la luna y el sol ocho veces mayor que la tierra, es cons-

guiente que el pontificado equivale á cincuenta y seis veces el imperio (1).

Á propósito de este asunto, no debe pasarse en silencio la carta en que Inocencio III explica las relaciones del poder temporal con el espiri- tual (2). « El Señor (dice) no solo para consti- » tuir el orden espiritual, sino tambien para » que una cierta uniformidad entre la creacion » y el curso de los acontecimientos le anuncie » como autor de todas las cosas, estableció la » armonía entre el cielo y la tierra, á fin de » que la maravillosa consonancia de lo pequeño » con lo grande y de lo bajo con lo alto nos le » revele por único y supremo Creador. Así como » al principio del mundo esmaltó la bóveda » celeste con dos grandes lumbreras, la una » para que alumbrase durante el día, y la otra » para que iluminara las noches, así en el dis- » curso del tiempo estableció en el firmamento » de la Iglesia dos dignidades supremas: la » una que dé luz al día, esto es, que ilumine » los entendimientos acerca de las cosas espiri- » tuales, y libre de sus cadenas á las almas á » quienes el error tiene sujetas, y la otra que » dé claridad á las noches, esto es, que castigue » á los herejes obstinados y á los enemigos de » la fe, por el insulto que hacen á Cristo y á » su pueblo, y que empuñe la espada para cas- » tigo de los malhechores y mayor gloria de los » fieles. Pero como eclipsándose la luna todo » queda envuelto en noche oscura, así cuando » falta el emperador, la rabia de los herejes y » el furor de los paganos se eleva con negra » impiedad. »

Á las orgullosas pretensiones oponia otras no ménos absolutas el renovado estudio del dere- cho romano, estimulando á los emperadores á ejercer aquella autoridad sin límites que habia constituido el poderío y el oprobio al mismo tiempo de la antigua Roma. Los doctores de las nuevas universidades, con argumentos de igual calibre, proclamaban que el *sagrado imperio* se elevaba sobre todas las cosas terrenales, y que así como en el cielo los tronos, las dominacio- nes y los arcángeles dependen unos de otros, así tambien el emperador tiene derecho sobre los reyes, estos sobre los duques, y los duques sobre los marqueses y barones, y que lleva en su mano el globo para significar el señorío que ejerce sobre el universo entero.

Con tan opuestas arrogancias era imposible que no se renovara entre el cetro y la tiara la lucha que, principiada por Gregorio VII, habia despues permanecido suspensa por un acuerdo mutuo, en el cual conservó el emperador las ventajas, al paso que el pontífice, contentán- dose con las formas, fué reputado por vencedor

(1) Laurentius hace al papa mil setecientas cuatro veces mas alto que el emperador y que los reyes. No conozco los datos de este cálculo.

(2) *Regest.* 32. Inocencio III llamaba al papa « vicarius Jesu Christi, successor Petri, Christus Domini, Deus Pharaonis, citra Deum, ultra hominem, minor Deo, major homine. » *Serm. de consecr. Pont.*

en la opinion comun, en la cual ganó su cré- dito, tanto cuanto perdió el del emperador. Al cabo de ochenta años se renovó la lucha; pero mas clara y mejor determinada, no tratándose ya de una formalidad feudal, sino de si la Igle- sia debia ó no obedecer al imperio.

Así como el fondo de la cuestion, así tambien habian variado las personas que la sostenian. El inflexible Gregorio VII ya no existia, y en el puesto de un Enrique IV, príncipe disoluto y mal querido, reinaban los príncipes de Suabia nobles, generosos, de bella persona y corteses maneras, protectores de las letras y rodeados de un cortejo de nobles alemanes, que fieles á su rey y á su dama, igualmente le seguian al torneo que á las expediciones al otro lado de los Alpes ó del mar.

1218.

Federico II, príncipe gibelino educado por un papa (Inocencio III) y por el sostenido contra el güelfo Oton IV, quedaba á la muerte de este por único rey de Alemania. Jovial, culto, ama- ble, era tan á propósito para conciliarse los afectos del pueblo, cuanto se los habia enaje- nado Oton con su aspereza. Inclinado á la guerra á semejanza de los Suevos, sus antepasados paternos, y diestro y disimulado en la política como sus abuelos maternos los Normandos, dictó excelentes medidas durante los cinco años que residió en Alemania. En la casa de Wittels- basch unió á la Baviera el palatinado del Rhin quitado á Enrique el Leon, y confirmó á Oto- garo I Przemysl en una cédula imperial el tí- tulo de rey de Bohemia, dándole facultades para nombrar á sus obispos, dispensándole de concurrir á las dietas, y eximiéndole de tribu- tos y servicios, excepto el de acompañar con trescientos hombres á los emperadores cuando fuesen á recibir la corona, ó en defecto de esto pagar trescientos marcos de plata.

Italia.

Muy pronto se dirigió á Italia, adonde le atraian la belleza del cielo, los recuerdos de su juventud, la cultura de sus habitantes, y el de- seo de dar nuevo vigor al imperio, principiando por esta parte desde donde con su ejército podria tener á raya al papa mejor que los otros prin- cipes y prelados de Alemania, sus pares y elec- tores. Atravesando, pues, los Alpes, encontró la Lombardia destrozada por los Güelfos y Gibe- linos, que volvan nuevamente á sus primitivas luchas, porque el papa habia favorecido al des- cendiente de los Suevos, excomulgando al güelfo Oton. La ciudad de Milan quedó tambien en- vuelta en este anatema; pero continuó odiando á los Suevos, como principió á odiarlos, á pesar de haber recibido entónces las bendiciones del mismo pontífice.

Entretanto, las ciudades principales iban ampliando sus dominios, no solamente en las tierras adyacentes, sino tambien en las ciuda- des menores, á las que enviaban magistrados y exigian tributos, de tal modo que la infinita desmembracion reconocida por la liga lombar- da quedaba ya reducida á unos cuantos puntos céntricos. Uno de los principales en la Lombar-

día era Milan, que hacia continua guerra á Pa- via, Cremona, Parma y Módena, de modo que Federico no creyó oportuno el obrar por en- tónces, y difirió para mejor ocasion el ceñir sus sienas con la corona de hierro.

En Roma habia sucedido á Inocencio III (1216) Honorio III, de la familia de los Savelli, gober- nador en otro tiempo de Palermo, en nombre de Federico; pontífice lleno de dulzura, que antecedió y siguió á otros mas resueltos, y que recomendaba de continuo á los reyes mismos el espíritu de mansedumbre que en él rei- naba (1). Tenia este que exigir de Federico el cumplimiento de tres promesas que hiciera á su predecesor, á saber: la Cruzada, la restitucion de la herencia de la condesa Matilde, y la renuncia á la corona de Sicilia. Federico renovó sus promesas, consiguiendo por este medio ser coronado juntamente con su mujer, y en aquella ocasion publicó una constitucion por la que derogaba cualesquiera leyes contrarias á la Iglesia, y ordenaba la extirpacion de la here- jía. Pero en cuanto á la herencia de la condesa Matilde, realmente no habia recaído ni en el pontífice ni en el imperio; porque los señores á quienes se habia confiado su gobierno, se ha- bían declarado poco á poco independientes, mientras que muchas municipalidades, ya por la fuerza, ya por dinero ó por su pertinaz em- peño, habian adquirido su libertad, distinguién- dose Florencia entre estas últimas. Respecto á la Cruzada, daba el emperador continuas pala- bras, queriendo dar á entender al mismo tiempo que no habia podido verificarse por la negligencia de otros príncipes; pero por lo de- mas se manifestaba dócil y sumiso, repitién- dose obligado á la Santa Sede por todos sus do- minios, como á madre que le habia sustentado.

1220.
27 se-
tiem-
bre.

Su hijo Enrique, en el cual debia haber renunciado la Sicilia, entraba á la sazón á los diez años de su edad, á pesar de no contar el padre sino veintiseis escasos, y habiendo hecho que los príncipes del imperio le eligie- sen por rey, se dirigió hácia la Italia Baja con el fin de poner orden en aquel trabajado reino. Recorriéndole en persona, reunió los parlamen- tos, publicó pragmáticas contra el lujo y la licencia de los ricos Sicilianos, depuso á mu- chos barones, y los castigó por su deslealtad; pero hizo todo esto sin contar para nada con el papa; y si este se lamentaba de semejante pro- ceder, le aquietaba prometiéndole cruzarse y enviando alguna gente y dinero á Palestina.

Dos
Sicilias.

En Sicilia humeaba todavia la sangre en que Enrique VI habia ahogado los privilegios de los señores, y el disgusto producido por aquellas atrocidades, se habia aumentado todavia mas por la mezcla de lo antiguo y de lo nuevo, de deseos y esperanzas que acompañan de ordina- rio á toda nueva dominacion. Heredero de estos

(1) Escribia al rey de Inglaterra, *ut subjectos suos studeret regere in spiritu lenitatis*; y al de Bohemia, *sicut regem decet mansuetum habere animum et clementem.* *Regest.* IX, 46, 25, *apud RAUMER.*